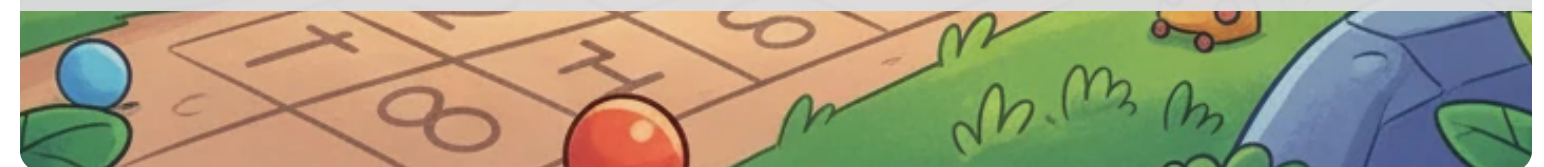




La montaña donde vivían los juegos

Alba Díaz





Había una vez una chica llamada Luna que vivía cerca de una montaña muy alta y verde. Desde su ventana, la miraba cada día, con sus ojos brillantes y llenos de sueños, e imaginaba subir hasta la cima. La montaña se alzaba majestuosa, invitándola a descubrir sus secretos.



Una mañana soleada, con el corazón lleno de emoción, Luna decidió caminar por el sendero que subía la montaña. El viento movía suavemente las hojas de los árboles, como si la saludara, y los pájaros cantaban alegremente a su alrededor, llenando el aire de música.



Al llegar a un claro bañado por el sol, Luna vio algo sorprendente y maravilloso. Había una comba de colores, una peonza brillante y unas piedras pintadas con figuras divertidas en el suelo, como si alguien las hubiera dejado allí esperando solo por ella.



Con una sonrisa que iluminó todo el claro, Luna cogió la comba y empezó a saltar, contando en voz alta y riendo con cada brinco. Nunca había sentido tanta alegría y libertad mientras jugaba al aire libre, bajo el cielo azul y el sol cálido.



Luego, decidió dibujar una rayuela en la tierra suave con un palo que encontró. Con cuidado y concentración, saltó de un cuadro a otro, disfrutando de cada movimiento y sintiendo la tierra bajo sus pies. Era un juego sencillo pero lleno de felicidad.



De repente, la peonza que había encontrado empezó a girar sola, dando vueltas y vueltas con un movimiento hipnotizante, como si la magia de la montaña la hubiera animado. Luna la miraba fascinada, con los ojos bien abiertos ante tal maravilla.



En ese instante, Luna escuchó suaves risas que parecían venir de todas partes a su alrededor. Aunque no veía a nadie, se sintió acompañada por la magia del lugar, como si la montaña misma estuviera compartiendo su alegría y sus secretos.



Luna pasó toda la tarde corriendo, saltando y jugando sin parar, explorando cada rincón del claro. No necesitaba juguetes modernos ni pantallas, solo la naturaleza a su alrededor y el poder ilimitado de su propia imaginación para crear aventuras.



Cuando el cielo se volvió de un hermoso color naranja y violeta, Luna supo que era hora de volver a casa. Recogió cuidadosamente la comba, la peonza y las piedras pintadas, prometiendo en voz baja regresar otro día para seguir jugando en aquel mágico lugar.



Desde entonces, Luna subía a la montaña siempre que podía, con el corazón lleno de expectación y alegría. Sabía que en aquella montaña los juegos nunca se perderían, y que la magia y la diversión siempre la estarían esperando en su rincón especial.